

Colaboración armónica de los factores que cooperan al acto de fe

I. *Trascendencia del acto de fe*

El acto de fe, formal y plenamente consciente, es el término de la jornada, larga y difícil a veces, que ciertas almas han de recorrer para llegar a la tierra de promisión. Es la entrada en esa región de paz y de armonía en que se desenvuelve la vida del espíritu; es el reconocimiento voluntario de la divina revelación; es la sumisión a la ley superior que esa revelación manifiesta y propone; es, por decirlo en una palabra, la aceptación del orden sobrenatural que Dios, por el hecho mismo de la revelación, crea para realizar los altos planes de su amorosa Providencia.

Al pronunciar la inteligencia el "creo" que la voluntad impone, da principio en el espíritu del hombre una nueva vida interior que ha de tener amplias manifestaciones en la vida exterior, individual y colectiva. La incorporación perfecta en Cristo y la plenitud de la vida sobrenatural no viene sino con el bautismo; pero el principio de esa vida está en el acto de fe, con el cual la inteligencia contempla y mira como cosa suya todo ese mundo superior que la revelación nos descubre.

Esa trascendental influencia, que los teólogos han comprendido plenamente, nos da la razón del puesto que ocupa en la Teología el acto de fe y nos pone también de manifiesto el acierto con que los apologistas católicos centran en él su atención.

* * *

El tema que nos proponemos desarrollar es, en sí mismo, complejo, y tiene multitud de relaciones: la preparación intelectual del acto de fe, encomendada a la Apologética y a

la Teología fundamental; las disposiciones morales del que ha de creer, que son resultado de muchas causas y dependen de muy variadas circunstancias; la actividad psicológica, en ocasiones muy intensa, que reclama la creación de aquel estado interior del hombre sin el cual el acto de fe no se da en la realidad; la intervención divina, que supera el poder y las exigencias del espíritu humano¹; el acto de fe en sí mismo, con su riquísima composición y sus múltiples ramificaciones; los efectos de la fe en el alma y su poderoso influjo en la vida entera del hombre... son cosas que hemos de conocer y hemos de tener presentes al exponer la colaboración con que, en armónico esfuerzo, contribuyen a la formación de ese acto intelectual, que llamamos fe, los diversos actores que en él próxima o remotamente intervienen.

Sin embargo, ninguna de estas cuestiones será objeto directo de nuestro estudio, aunque algunas habrán de ser resumidas en la forma indispensable para la exposición de nuestro pensamiento.

II. *Los actores del drama*

Si la vida del cristiano es un drama en acción, la elaboración del acto de fe será la primera jornada de este drama. Los actores que en esta jornada toman parte son los mismos que con su actuación contribuyen al pleno desenvolvimiento de la vida cristiana en sus diversos aspectos. Es el primero, Jesucristo, "Autor y Consumador de la fe", según la expresión de la Epístola a los Hebreos², el cual, con la luz de su doctrina, con el poder de sus milagros y con la fuerza de su ejemplo es guía que enseña, es camino que conduce y es caudillo que impera suave y eficazmente la labor que en esta jornada se ha de realizar. Ocupa el segundo lugar, haciendo visiblemente las veces de Jesueristo, la Iglesia y su Magisterio vivo, que mantiene en alto la antorcha encendida por el Maestro divino para que sea siempre luz, guía y camino que lleve con seguridad al conocimiento y a la observancia de cuanto El nos ha mandado³.

Jesueristo y la Iglesia son actores permanentes, pero su acción cambia sin cesar de matices para acomodarse a las

¹ Las disposiciones que exige el acto de fe las expone extensa y docetamente el P. PASCUAL BROCH, O. P., en un largo trabajo publicado en la Ciencia Tomista, desde marzo de 1926, sobre *La preparación moral y la preparación intelectual para la fe*.

² Hebr. 12, 2.

³ Mt. 28, 20.

exigencias de las almas en las circunstancias, infinitamente variadas, que la vida presenta en las incidencias, infinitamente distintas también, que ofrece la Historia. Porque la acción de Jesucristo y de la Iglesia no se ejerce en el vacío ni en un sér inerte que se deja arrastrar pasivamente a donde quieren sus conductores. Tiene esa acción su origen en la fuente de la vida sobrenatural, que es el *Autor y Consumador de la fe*, y se manifiesta con la cooperación del magisterio eclesiástico, que por eso también es vivo y actuante; pero no obra ella sola. Pone en movimiento las facultades del hombre y exige de él que tome parte activa y directa en la realización de la obra magnífica a que los trabajos de Jesucristo y de la Iglesia se enderezan. Siguiendo el simil indicado poco ha, podríamos decir que el alma humana es el escenario dentro del cual se desarrolla el drama de la vida cristiana bajo la acción de Jesucristo y de la Iglesia; pero con una particularidad, y es que ese escenario es, a su vez, activo y puede modificar y dar direcciones distintas al trabajo de los actores principales. Efectivamente, el alma con su inteligencia, su voluntad y sus fuerzas afectivas entra también en escena. Su actividad es múltiple y llega a ser, en ocasiones, tan intensa que orienta y determina la marcha de la acción. En las facultades del alma humana está precisamente una de las raíces de la variedad casi infinita que ofrece la historia de las conversiones. Advierde con razón el P. Mainage⁴ que las conversiones arrancan todas del mismo punto de partida, que es la incredulidad; y van a parar al mismo término, que es la aceptación de la verdad revelada por el acto de fe, pero difieren en su proceso histórico, que varía casi en todos los casos. Y estas diferencias, que caracterizan las conversiones, radican en la manera diversa como actúan las facultades humanas en su marcha ascendente hacia la fe.

No es, sin embargo, el alma sola la causa de esa variedad. El individuo que realiza el acto de fe no se halla en las soledades de un mundo ideal y teórico, sino que desarrolla su actividad en la vida que los hombres comúnmente viven y en la realidad a que la vida está sujeta con sus circunstancias favorables y desfavorables, con su cultura o su ignorancia, con su progreso o su barbarie, con su riqueza o su escasez, con su tranquilidad o sus tentaciones, con su austeridad o sus frivolidades, con su trabajo o su ociosidad... Esta realidad, extraordinariamente compleja, es la que constituye el ambiente dentro del cual se prepara, se forma y viene a la existencia el

4 TH. MAINAGE, *La Psychologie de la Conversion* (Paris, 1915), p. 14s.

acto de fe que decisivamente ha de orientar la vida hacia su último fin.

La riquísima variedad que el Creador ha puesto en las almas humanas y las múltiples influencias que a las almas llegan de las diferentes circunstancias familiares, sociales, políticas, culturales, religiosas..., colocan al apóstol y al apologista práctico en condiciones enteramente peculiares, distintas, casi siempre, de aquellas en que trabaja el teólogo y el apologista teórico. El que hace labor de Teología y de Apologética general puede prescindir, y deberá de ordinario prescindir, de lo accidental y de lo transitorio, de lo local y de lo personal, de todo aquello, en una palabra, que matiza los hombres y las situaciones de la vida, para poner su atención entera en los principios fundamentales, en los hechos ya consumados, en las consecuencias especulativas y en los criterios y normas básicas que forman el cuerpo de doctrina sólida y bien trabada para la tranquilidad y seguridad de la inteligencia más exigente. Para esto le bastará una doctrina filosófica sólidamente establecida, un estudio teórico de la revelación y de sus criterios, un conocimiento serio del Magisterio de Jesucristo y de las pruebas con que se demuestra su misión divina, y una demostración de la fundación de la Iglesia y de las prerrogativas que la constituyen en lugarteniente de Jesucristo con su poder de jurisdicción y con su magisterio infalible.

Al apologista práctico, al apóstol que ha de hacer labor de proselitismo le hace falta algo más. Deberá conocer las doctrinas y los recursos de la Apologética general, pero ese conocimiento será estéril si, además, no sabe conocer a los hombres y apreciar las circunstancias en que viven y no posee el arte de llegar a los secretos recónditos de las almas donde, en último término, se prepara y adquiere realidad el acto de fe. Tienen lindes comunes, pero son campos diferentes los que cultivan el apologista teórico y el apologista práctico, y rara vez se encuentran fundidas las cualidades que en uno y otro campo se requieren.

III. *El factor apologético*

La fe es para todo hombre un hecho corriente, sencillo, necesario. Todos descansamos en la fe. Ni la vida familiar, ni la vida social, ni la vida científica serían posibles si nos resistiésemos a dar crédito al testimonio de aquellas personas que nos rodean. Esta realidad es tan evidente que cualquier

conato de demostración resultaría ridículo. Así es en el orden natural.

El orden sobrenatural va más allá. Todo él se apoya sobre la fe. Comienza con la fe, progresa con la fe, se perfecciona con la fe y para subsistir tiene necesidad absoluta de la fe, mientras duran las condiciones de la vida mortal en el plan establecido por la divina Providencia. Y esta fe consiste en *admitir y afirmar como cierto aquello que Dios se ha dignado revelar a los hombres*. Para que tal afirmación sea razonable y psicológicamente posible es preciso conocer y demostrar que Dios existe; que Dios, en su Sabiduría, tiene cosas que manifestar a los hombres; que Dios necesariamente es infalible y veraz; que este Dios, sabio, infalible y veraz, puede comunicarse con sus criaturas racionales y posee recursos ciertos para sellar inconfundiblemente su palabra. A estos conocimientos de carácter filosófico ha de unirse otro de carácter histórico, el cual certifica que Dios, efectivamente, se ha dignado hablar a los hombres y manifestarles ciertas verdades de una manera sobrenatural que excede todas las fuerzas y exigencias de la razón humana. Es decir, que existe en la realidad histórica el hecho de la revelación divina. Cuando la inteligencia posea todos estos conocimientos es cuando puede con seguridad formar el siguiente juicio: *tal verdad o tal serie de verdades, que se presentan como reveladas por Dios, son creíbles y pueden admitirse y afirmarse con certeza*. Esto es lo que se llama juicio de credibilidad, al cual no se llega científicamente sin recorrer un camino que es en sí largo y penoso, aunque muchas almas lo anden de un extremo a otro con rapidez y sin aparente esfuerzo. Todos aquellos recursos que abren al alma este camino y le ayudan a recorrerle con seguridad y firmeza, constituyen lo que llamamos factor apotegético.

Y estos recursos, ¿cuáles son? En el orden abstracto y científico es corto su número y están ya perfectamente determinados: la Filosofía, que establece los principios fundamentales; la Crítica textual, que estudia los documentos donde se narra el hecho de la revelación y fija su autenticidad y su valor; la investigación histórica, que analiza esos documentos y determina su contenido exacto, y, por decirlo con un término técnico, la Teología fundamental, que nos da ordenados en cuerpo de doctrina los resultados definitivos de la Filosofía, de la Crítica textual y de la investigación histórica

y nos lleva al establecimiento científico del juicio de credibilidad. Este estudio es el que constituye la Apologética general y el que, científicamente hablando, debe bastar para que pueda producirse el acto de fe. Los apologistas cristianos, desde San Justino y Tertuliano hasta nuestros días, lo han entendido así. El Concilio Vaticano, en la sesión III⁵, enseñó con su autoridad suprema que el hecho de la revelación puede y debe demostrarse. Y una vez conocida esta demostración, la luz de la razón exige que se rinda a Dios el homenaje de la fe, admitiendo sin vacilaciones cuantas verdades nos proponga. Este es, digámoslo así, el proceso científico. En la realidad de la vida no siempre bastan esos elementos ni siempre es accesible ese camino. Y es que el acto de fe no suele ser producto de la ciencia apologética abstracta, aunque esta ciencia sea de un valor inapreciable y deba tenerla ante los ojos quien trata de llevar a los hombres a vivir la vida de la fe en Cristo. Dios quiere con frecuencia alcanzar ese fin por otros caminos que su Providencia amorosamente abre delante de ellos, según expondremos más adelante.

IV. *El factor psicológico*

El apologista científico prepara la solución al problema de la fe con los preámbulos históricos, con el análisis de la crítica, con el estudio histórico de las fuentes. El teólogo positivo, guiado por la luz de la revelación que ofrecen los libros inspirados y los monumentos de la Tradición, demuestra la necesidad de la fe, estudia su naturaleza y sus causas y analiza sus propiedades esenciales. El teólogo escolástico pretende penetrar más hondo en la misma fe, y para ello toma el acto sobrenatural, que por la Teología positiva conoce, y, utilizando los datos de la revelación y los resortes de la Filosofía, trata de ahondar en su misma esencia y se esfuerza por conocer sus componentes teológicos, psicológicos y lógicos. ¡Qué maravilla de sutileza, de penetración, de armonías científicas las que nos ofrecen los grandes teólogos en los estudios con que exponen lo que llaman *análisis de la fe* y tratan de desentrañar los misterios que encierra este primer paso de la vida sobrenatural!

El apologista práctico se propone otro fin y se mueve, por tanto, en campo un poco diferente. Aspira a la producción del acto de fe más que a su íntimo conocimiento y busca los me-

⁵ Conc. Vaticano, Ses. III, c. 3, can. 3-4 (D. 1790, 1812-1813).

dios adecuados para ese fin. El apologista científico y el teólogo hacen su labor en las bibliotecas, en los archivos, en los monumentos de la Tradición... Trabajan sobre ideas generales y sobre documentos que reflejan los hechos y la vida que fué, pero que son ya seres ajenos a toda evolución. Ni las ideas que nos describen a Dios y sus atributos, ni los discursos de Jesucristo, ni los milagros con que probó su misión, ni los códices en que todo eso se nos cuenta, pueden ser otra cosa de lo que son hace muchos siglos. Podrán ser mejor conocidos, pero no ofrecen hoy objetos de conocimiento que no ofrecieran ya en tiempos lejanos de nosotros. La Apología científica y la Teología pueden progresar, como todas las ciencias que el hombre cultiva, porque puede avanzar en la investigación y considerar nuevos aspectos del objeto que estudia; pero ese objeto se encuentra ya íntegramente en la realidad divina y en las revelaciones que nos transmiten la Escritura y la Tradición cristiana.

Muy diversa es la suerte de la apologética práctica y del apostolado con las almas. Aquí las novedades pueden ser y son de hecho continuas. El apologista práctico debe ir armado de la Apologética general y de la Teología, pero su campo de acción son las almas mismas que viven, que actúan, que están bajo la influencia permanente de mil agentes que se presentan en su ambiente. Las almas viven y la vida es movimiento que lleva consigo cambios y modificaciones continuas, impuestas por la vida misma y por las circunstancias en que se desenvuelve.

De aquí es que el apologista práctico no puede trabajar solo; necesita la cooperación de aquellos con quienes ejerce su apostolado, que han de aportar una actividad compleja y muy variada. Esta actividad, desarrollada por las almas para la producción del acto de fe, es lo que llamamos factor psicológico. Y su acción es tan capital que de ella depende realmente el resultado definitivo. El factor apologético apenas tiene que hacer otra cosa que despertarla, promoverla y dirigirla para que el proceso progresivo sea el fruto sazonado de la cooperación armónica de cuantos factores contribuyen a la preparación del acto de fe.

Este factor psicológico encierra gran complejidad y cada día parece complicarse y dificultarse más su conocimiento. Se multiplican las experiencias de laboratorio, las observaciones clínicas, los estudios de los neurólogos sobre la psiconeurosis, etc., etc. Todas las leyes del funcionamiento psicológico se hallan sometidas a perenne revisión. Datos experimentales, hipótesis, teorías siempre nuevas. Diríase, al examinar

estos materiales, que todo es provisional... Nosotros no entramos en ese terreno. Nos atendremos a la estructura clásica con sus líneas generales, que de algún modo todos admiten y reconocen. Por lo mismo pueden considerarse esas líneas generales como definitivamente trazadas. Los investigadores quieren ir siempre más allá; desdeñan con frecuencia lo que saben y hasta lo que ellos mismos han averiguado, y que ya les parece vulgar. Es este un rasgo muy corriente en la psicología del investigador⁶.

V. Etapas de la actividad psicológica

El capítulo más interesante en la historia de las conversiones es sin duda aquel en que se nos cuenta el proceso psicológico. Pero frecuentemente este capítulo falta o es tan breve que apenas ofrece pasto a nuestra curiosidad y materia a nuestro estudio. Poseemos, sin embargo, datos suficientes para determinar y describir los pasos principales de ese proceso con rasgos que, generalmente hablando, nos permitan formar idea aproximada de él.

Primera etapa: La conquista de la simpatía.—Se necesita, ante todo, crear una disposición interior en la cual sea posible echar los cimientos o colocar, al menos, los sillares sobre los cuales ha de descansar primero la fe y después la vida cristiana entera. Los teólogos, muy particularmente Suárez, exigen lo que llaman el *intellectus bene dispositus*. Con esta expresión no quieren significar un ingenio flojo y contentadizo, dispuesto a recibir sin réplica todo lo que le proponga cualquier persona de autoridad. Nada menos que eso. El *intellectus bene dispositus* significa un espíritu sereno, libre de prejuicios, deseoso de hallar la verdad, preparado para juzgar las cosas en su propio terreno y para apreciar los argumentos en su verdadero valor y concederles toda su fuerza. Es la primera victoria del apologista que, a la vez, quiere ser apóstol⁷. Pero ¡cuántas batallas se han de dar para alcanzar esa

⁶ TH. MAINAGE, o. c. p. 18-21.

⁷ No queremos con esto decir que la inteligencia pueda con solas sus fuerzas naturales disponerse de una manera positiva para la fe sobrenatural. Esta disposición positiva es obra preferentemente de la gracia; pero cabe siempre una preparación que podemos llamar negativa y consiste en quitar los obstáculos que cierran la puerta a la intervención divina. En esta *preparación negativa* tiene también su parte la obra de la gracia, como largamente enseña la Teología, pero nosotros no entramos ahora en ese aspecto de la cuestión; nos limitamos a exponer la labor del apologista. Véase BERAZA, *De Gratia Christi*, n. 377-386.

victoria y cuánta actividad interna suele costar al espíritu que la procura! Porque a esa disposición se oponen los errores y los prejuicios, que detienen fuertemente la atención; se oponen los intereses, vinculados tal vez a la profesión de los errores y prejuicios; se oponen los hábitos contraídos por la educación y reforzados por el ambiente en que se vive o se ha vivido; se oponen las pasiones del odio, del orgullo, de la codicia..., a que es preciso sobreponerse para abrazar la verdad. ¡Qué combates tan duros los que se riñen en las almas para superar estos obstáculos que pretenden impedir el vuelo hacia la fe!

No es la inteligencia sola la que logra esa victoria y crea esa disposición. Con la inteligencia lucha la parte afectiva y sentimental, y lucha en ocasiones con más eficacia. Afectos y sentimientos que se revelan vehementes, unas veces en contra y otras en favor de la disposición que vamos buscando. Es aquí una tempestad de odios o de desprecios contra Jesucristo, contra la Iglesia, contra la fe, contra el Sacerdocio, contra tales o cuales prácticas cristianas... Son allí terribles oleajes de depresión y abatimiento que azotan el corazón y pretenden hundirlo definitivamente. Son otra vez temores que presentan al alma con increíble fuerza, pérdidas de honores, de intereses, de amigos, de afectos... En otras ocasiones vienen favorables los vientos: es la suavidad y la paz interior del espíritu; es un dulce anhelo por participar en los tesoros de la Iglesia; es el gusto anticipado de las consolaciones con que Dios atrae las almas; es la confianza de alcanzar los bienes superiores que la fe promete; es la seguridad de hallar en la Iglesia una acogida maternal y en Jesucristo un Padre, que lo ha dado todo y que quiere darse a sí mismo.

No es la parte afectiva la menos importante para crear la buena disposición del ánimo. Son muchas las conversiones cuyo primer paso lo ha dado el corazón. Baste, por no citar otros hechos, recordar el de D. Antonio García Morente. El mismo confesó, en una conversación confidencial, que su vuelta a la fe católica no tenía origen intelectual, sino que había comenzado por vía sentimental y tenía sus principios en la exigencia del corazón. La rectificación de las ideas vino más tarde. Es viejo el apostolado que para ganar las almas empieza por el corazón. El beato Pedro Fabro, primer compañero de S. Ignacio de Loyola y gran apóstol entre los protestantes de aquellos primeros tiempos de la apostasía, da estos consejos a los que quieren trabajar para retener en la fe a los que están en peligro de perderla o para volver al seno de la Iglesia a los que ya la han abandonado:

"El que en tiempos como éstos desea ayudar a los herejes, debe fomentar un gran afecto hacia ellos y mostrarlo en la obra, alejando del ánimo todas aquellas imaginaciones siniestras que disminuyen su estima, la cual es necesaria para ganar sus ánimos y voluntades, de manera que ellos en retorno nos amen y tengan buena opinión de nosotros. Lo cual se podrá conseguir fácilmente hablándoles amablemente y tratando con ellos en las conversaciones familiares sólo de aquellas cosas en que convenimos, y esquivando toda contienda, en la cual siempre una parte intenta estar sobre la otra y le muestra menosprecio"⁸.

Tienen también aquí aplicación aquellas normas de profunda penetración psicológica con que S. Ignacio, en sus *Reglas para conocer los espíritus*⁹ describe lo que pasa en el alma. San Ignacio se refiere al orden ascético y habla de los hombres que dejan su vida de pecado para entrar en los campos donde florece, primero la penitencia y la contrición, para producir después los frutos de las virtudes; pero su pensamiento puede ilustrar igualmente el orden apologético en el cual se trata de arrancar las almas del desierto de la incredulidad para trasladarlas a las fértiles praderas del Evangelio y de la vida cristiana. El autor del libro de los *Ejercicios Espirituales* hace intervenir otros actores que tienen su papel en la transformación que los Ejercicios buscan y que tampoco están ausentes en el drama de la venida o de la vuelta a la fe. Y esta intervención de los nuevos actores demanda una actividad psicológica del que desea abrazar la fe. Habla San Ignacio de mociones que se refieren preferentemente a la parte afectiva y sentimental, pero es claro que van precedidas, acompañadas y seguidas de pensamientos e imaginaciones que en parte dan ocasión a los sentimientos y afectos del corazón y en parte son engendrados y fomentados por ellos. Luz magnífica y potente la que derrama el libro de los Ejercicios para comprender la compleja situación del que camina hacia la fe y para guiarle en sus difíciles jornadas. Y no olvidemos que S. Ignacio, antes de llegar a la exposición de esas reglas, ha procurado orientar al alma llenándola de profundos pensamientos, despertando en ella deseos ardientes del último fin y preparándola para que forme decisiones y propósitos inquebrantables de dirigirse por el camino más seguro a la consecución de ese fin. Esos profundos y sublimes pensamientos, esos deseos ardientes y esos propósitos sólidamente establecidos son la base fundamental que S. Ignacio

⁸ C. TESTORE, S. I., *Santos y Beatos de la Compañía de Jesús*, versión española, p. 30.

⁹ *Ejercicios Espirituales*, n. 314-315.

exige para que el ejercitante pueda triunfar en su intento y lograr el fin de los Ejercicios, que es una buena y acerbada elección. Por semejante manera podemos decir que el deseo de hallar y abrazar la verdad y el propósito de hacer cuanto esté en su mano y Dios le exija para obedecerle a El y salvar su alma es la disposición adecuada para que el acto formal de fe sea viable y la voluntad pueda imponerle. Podríamos decir que esa disposición de ánimo es el blanco de la Apologética, cuando ésta no se contenta con principios doctrinales, sino que aspira a que esos principios sean algo vivo y eficiente para llevar prácticamente las almas a Jesucristo.

VI. Segunda etapa: El juicio de credibilidad

El juicio de credibilidad, en sí mismo considerado, es un acto especulativo de la inteligencia con el cual juzgamos y afirmamos que una verdad o una serie de verdades han sido de hecho reveladas por Dios, y son, por lo mismo, dignas de fe y pueden ser creídas con fe divina. Si se demuestra que esta verdad, o cuerpo de verdades, no sólo han sido reveladas por Dios, sino que además Dios manda que yo las crea, deberé juzgar que tengo obligación de admitirlas. Este es el juicio de "credentidad" (*iudicium credentitatis*). La revelación divina hace dignas de fe las verdades reveladas; la voluntad de Dios Creador y Señor, que manda creerlas, las hace moralmente obligatorias y engendra el deber de creerlas.

No suelen los apologistas insistir en este segundo juicio de credentidad porque, una vez probada la bondad que Dios muestra al hombre haciéndose su maestro, es clara la obligación que el hombre tiene de admitir con gratitud lo que el Maestro divino le enseñe. La atención de la Apologética científica se dirige casi exclusivamente a demostrar el juicio de credibilidad. Juicio de credibilidad que, en una u otra forma, es, comúnmente hablando, condición necesaria para que exista el acto de fe. No vamos a demostrarlo aquí. Nos sería preciso para ello andar el largo camino que recorre la Teología fundamental, y ahora no queremos hacer Teología fundamental, sino examinar la actividad psicológica en armonía con la demostración apologética¹⁰.

¹⁰ Puede consultarse A. GARDEIL, *Dict. de Theol. Cathol.* III, col. 2201-2310; B. BERAZA, *De Virtutibus Infusis*, n. 361s.; 576s.

Necesita el que ha de creer formar en su espíritu el juicio de credibilidad: esto es, ha de estar convencido de que es palabra de Dios la verdad que va a creer. Este convencimiento tiene como cualidades precisas la certeza y la claridad. Certeza que destierre la duda, la zozobra, el temor de poder engañarse en cosa de tanta trascendencia. Claridad que le ilumine interiormente para ver que el acto de fe es razonable, es justo, es conveniente, es un homenaje debido a la autoridad divina y es, juntamente, un paso que honra su inteligencia y su naturaleza entera. Nadie, en condiciones normales, puede razonablemente hacer un acto de fe sin poseer esa certeza y esa claridad; pero ya se comprende que la certeza y la claridad de que hablamos no es igual, ni puede ser igual en todos los hombres: basta que se acomode a lo que el espíritu de cada uno exige y reclama. El acto de fe se hace bajo el imperio de la voluntad, y la voluntad no exige siempre y en todos los mismos motivos para determinarse a mandar.

El alma de un niño, al hacer su primera comunión, podemos afirmar que posee las condiciones necesarias al acto de fe. Pero ¡con qué facilidad el niño cree cuando sus maestros o sus padres o su confesor le piden que haga un acto de fe! Esta petición da a su espíritu, inocente e ingenuo, plena seguridad de que puede creer y sin discusión quiere hacer y hace el acto de fe. Con análoga facilidad profesa su fe el sencillo campesino que oye la predicación de un misionero o de su párroco. Esta es la llamada *fe del carbonero*. Exige certeza, pero una certeza que le tranquilice y le dé a él seguridad de la verdad, aunque los motivos en que inmediatamente se funda fueran insuficientes para una persona más instruída. Basta lo que los filósofos y los apologistas llaman *certeza relativa*, con tal que sea verdadera certeza y una la inteligencia con la verdad objetiva.

¡Qué exigencias tan diferentes las de un filósofo que ha vivido en la incredulidad o ha sido atormentado por la duda y las de un hereje que se ha educado en un centro heterodoxo y ha vivido largos años profesando errores o prejuicios contra la Iglesia Católica! El juicio de credibilidad reclama entonces motivos absolutamente valederos que se impongan por su evidente verdad a la inteligencia más exigente. ¿Y qué diremos del acto de fe de un gran teólogo como San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, Escoto, Suárez..., cuando *reflexivamente* se propusieran pesar los motivos en que descansa su

fe? ¿Cuál sería para ellos la certeza del juicio de credibilidad?¹¹.

Más arriba que todas estas certezas habrá de colocarse la que exige el acto de fe en el momento supremo del martirio, cuando el hombre se encuentra en la alternativa de renunciar a su fe o de perder la vida. Podemos y debemos suponer que en el acto heroico del martirio actúa de modo extraordinario la gracia, o sea el factor teológico de que después hemos de hablar: la gracia ilumina la inteligencia y enciende la caridad que sostiene al mártir y le impulsa a perderlo todo por ganar a Cristo¹². Pero si en aquel trance supremo se propusiera razonar y fundamentar su fe, sin duda reclamaría motivos supremos, presentados con tal fuerza y evidencia que eliminasen cualquier duda y diesen quietud plena al espíritu. Y eso no porque la mayor o menor adhesión del acto de fe dependa de los motivos de credibilidad, sino porque la *voluntad, en ese caso, reclamaría*, las más poderosas razones para imperar tal acto.

¿Y cómo se produce en el alma esa claridad, esa certeza, esa plenitud de convicción que moralmente la fuerza a pronunciar el juicio de credibilidad? ¿Bastan para ello las pruebas de carácter filosófico, crítico e histórico? ¿Es suficiente el trabajo del apologista que procura llevar la luz a la inteligencia? Muchos teólogos, para responder a esta cuestión, distinguen dos clases de evidencia en el juicio de credibilidad. Una evidencia especulativa, serena, fría, nacida de las pruebas que se ofrecen en un plan puramente intelectual, y conducen a una conclusión científica. El Concilio Vaticano enseña que esta evidencia puede darse en la demostración del hecho de la revelación. Los argumentos que ella ofrece prueban con certeza, para toda inteligencia libre de prejuicios, la realidad de la divina revelación. Este es un hecho que puede demostrarse como cualquier otro antiguo o moderno. El hombre puede llegar a convencerse de ello con la evidencia que se requiere para admitir las verdades de orden histórico. Están, por tanto, en desacuerdo con la razón y con las enseñanzas del Vaticano los que niegan o ponen en duda esta demostrabilidad

¹¹ Los teólogos, como todos los demás fieles cristianos, hacen normalmente sus actos de fe sin detenerse a analizar los motivos en que ella descansa; pero, si alguna vez se proponen analizar la fuerza de esos motivos, claro es que exigirán argumentos diferentes de los que bastan para convencer a un niño o a un campesino. Y ésta es la hipótesis que se supone en el texto. Véase S. ARENT, *Dict. de Theol. Cathol.*, VI, col. 349s.

¹² Phil 3, 9.

del hecho de la revelación y esta capacidad del entendimiento humano¹³.

Pero existe también para esos teólogos otra clase de evidencia que pudiéramos llamar práctica. Nace, naturalmente, de la luz que ilumina la razón, pero no tiene la frialdad de la pura razón especulativa. Es una evidencia que invita a la acción y suavemente inclina al acto de fe que el juicio de credibilidad, de suyo, reclama. Es la evidencia del que no solamente ve que puede y debe creer, sino que además siente atractivo hacia la fe. No sólo ve que Dios ha hablado al hombre y lo ve con claridad, sino que juntamente percibe la palabra divina como algo amable y conveniente, hacia lo cual experimenta una suave inclinación que facilita el acto de fe. En estas circunstancias toda dificultad desaparece y el alma cree y hace el acto de fe como quien ejecuta la acción más natural. ¡Qué pocas veces lleva a la fe un juicio de credibilidad puramente científico, especulativo y frío! Sin duda es posible con ese juicio el acto de fe; pero de ordinario se quedará en sola posibilidad, si a la evidencia especulativa no se agrega esa otra evidencia que se declara con dificultad, pero que reconocen en lo íntimo de su alma los que experimentan la suavidad de rendir a Dios con la fe el homenaje de su inteligencia y de su espíritu todo entero. El trato con hombres que carecen del don de la fe obliga en ocasiones a presenciar escenas de profunda amargura que ellos hacen sentir con palabras tan lacónicas como éstas: *No se esfuerce, padre; veo esas razones, pero no puedo creer.*

¡Pruebas evidentes de que para el acto de fe se requiere, ¿qué duda cabe?, un juicio de credibilidad claro, cierto, convincente; pero se requiere también algo más, que no puede dar la Apologética puramente científica! Y ese *algo* es la *ilustración*, que acaba de llevar la convicción al entendimiento, y la *inspiración*, que mueve la voluntad para que impere el acto de fe. De ahí procede la última fuerza que da eficacia y armonía a toda la actividad psicológica desarrollada como preparación para el acto de fe¹⁴.

VII. Tercera etapa: el imperio de la voluntad

Llega en la actividad psicológica el momento decisivo. La fe es un homenaje que el hombre rinde a la Sabiduría y a la

¹³ Conc. Vaticano. Ses. III, c. 3; D 1790; 1812-1813.

¹⁴ B. BERAZA, *De Gratia Christi*, n. 49, 190-207.

veracidad divinas. Tiene que ser, pues, el acto de fe un acto plenamente humano. Y no lo sería si fuese inconsciente o forzado. Al creer debe saber lo que hace y debe hacerlo con entera libertad. Cree porque juzga que debe creer y quiere creer; acepta las verdades reveladas porque libremente las quiere aceptar.

Esta libertad de la fe da la plenitud a la actividad interna que el espíritu desarrolla cuando cree. El acto de fe, en sí mismo, brota de la inteligencia, la cual afirma la verdad que se le propone y la afirma, no libremente, sino forzada por la evidencia inmediata de la verdad o por otra facultad que le impone esa afirmación. La facultad cognoscitiva no es, por sí misma, formal e inmediatamente libre. La afirmación del acto de fe viene impuesta por el imperio de la voluntad que manda creer. Para entender mejor la libertad de la fe no estará de más recordar que los teólogos distinguen dos clases de fe: *fe de autoridad y fe científica*. En la fe científica el acto viene impuesto *ordinariamente* por la fuerza de los argumentos. En la fe de autoridad, cuando se cree por el testimonio de una persona que sabe lo que dice y quiere decir la verdad, el acto de fe requiere *comúnmente* un imperio de la voluntad que lo manda e impone. Y es bien sabido en Teología que la fe cristiana es fe de autoridad porque con ella creemos por la autoridad de Dios que revela. Y esta fe exige el imperio de la voluntad porque no suele ser el hecho de la revelación ni la autoridad divina tan evidente que fuerce al asentimiento¹⁵.

Dejemos a los teólogos el cuidado de explicar con todos sus matices la libertad del acto de fe y el trabajo de investigar las raíces de donde brota. Bástenos ahora saber que esa libertad existe y dejar sentado que no es propiamente una nueva actividad, sino una modalidad de la actividad que la voluntad humana ejerce. Ya hemos indicado que la libertad no afecta *intrínsecamente* al mismo acto de fe que procede del entendimiento. Cuando se afirma que el acto de fe es *inmediatamente libre* no se quiere decir que sea *formalmente* o *intrínsecamente libre*, sino que la voluntad impera el mismo acto de fe y no solamente otros actos previos que le preparan. La libertad está *formalmente* en el acto de la voluntad que debe preceder, si queremos tener un acto de fe sobrenatural, cual lo exige la vida cristiana¹⁶.

¹⁵ S. ARENT, *Dict. de Theol. Cathol.*, VI, col. 237s.; J.-V. BAINVEL, *La Foi et l'Acte de Foi*, Paris, 1921, Première Partie, Chap. III.

¹⁶ SUÁREZ, *De Fide Theologica*, D. VI, sect. VI; J. A. DE ALDAMA, *Sacrae Theologiae Summa*, III, p. 660-666.

Ese imperio de la voluntad libre que impone la aceptación de la verdad revelada plantea otro problema que nos toca a nosotros resolver ahora para abarcar más plenamente la actividad psicológica que el acto de fe reclama.

Hemos dicho que la demostración apologetica lleva científicamente a la certeza del juicio de credibilidad. Si este juicio es cierto, al menos con certeza moral, podrá la inteligencia, bajo el imperio de la voluntad, aceptar con un acto de fe las verdades reveladas por Dios. En el orden natural podríamos afirmar esas verdades como afirmamos la existencia de personajes o acontecimientos cuya realidad se demuestra con argumentos históricos. Esta sería la llamada *fe científica*.

Por otra parte, hemos oído la confesión de ciertos incrédulos, que ven la fuerza de los argumentos demostrativos de la revelación cristiana y se lamentan de que no pueden creer. Este doble hecho nos crea el siguiente problema: ¿está en poder del libre albedrío el imponer a la inteligencia un acto de fe formal, una vez establecido y probado el juicio de credibilidad? La respuesta a esta pregunta no es tan fácil. Antes de dar esa respuesta volvemos a preguntar: ¿son plenamente sinceras y conscientes las confesiones de aquellos incrédulos que, en ciertos momentos, afirman no poder creer, aun después de ver demostrado el juicio de credibilidad? Y si esta imposibilidad existe, ¿de dónde procede? ¿Es por incapacidad de la voluntad, que no puede imponerse al entendimiento, o es por falta de algún requisito que la inteligencia necesita para creer? La respuesta concreta habría de estudiarse en cada caso particular, analizando las circunstancias en que se encuentra la persona. Este estudio nos haría, tal vez, advertir la ausencia de una demostración acomodada a su capacidad intelectual o a su preparación cultural o simplemente a las exigencias momentáneas del espíritu. Quizá falta una consideración serena de los motivos; quizá existe una nube de pasión que impide verlos en toda su fuerza; acaso una indecisión de la voluntad que no impone el acto de fe por temor a las consecuencias; acaso un respeto humano que detiene el trabajo interior de la inteligencia necesario para saltar los obstáculos que a la fe se oponen.

Radical impotencia en el entendimiento para creer y en la voluntad para imponer el acto de fe en las circunstancias descritas no puede admitirse. El creer será difícil, pero es posible para una voluntad que busca noblemente la verdad y ha conocido el hecho de la revelación. Es posible en el orden natural y lo es también en el orden sobrenatural y cristiano. Está dentro de las facultades humanas el acto de fe

por sí mismo y se ofrece al alma el auxilio sobrenatural de la gracia para que ese acto tenga todo el valor de la fe cristiana. Tiene aquí plena aplicación aquel axioma teológico: *faciendi quod est in se, Deus no denegat gratiam*. La curación del lunático, tal como la cuenta S. Marcos, derrama mucha luz sobre este problema. Considérese este rapidísimo diálogo entre Jesús y el padre del muchacho:

—¿Cuánto tiempo hace que le acontece esto?—pregunta Jesús.

—Desde la infancia—responde su padre—; pero si algo puedes, compadécete de nosotros y ven en nuestra ayuda.

—Cuanto al poder (τό εἰ δύνῃ)—replica Jesús—, todo es posible al que cree.

Y al punto el padre del niño, gritando, exclamó: creo, ven en auxilio de mi poca fe¹⁷.

La palabra *fe* implica en este caso, como en otros muchos, la confianza del ánimo, pero significa, sin duda, preferentemente la fe intelectual que reconoce el poder de Jesús. Y Jesús da a entender con toda claridad que esta fe está al alcance de aquel pobre padre y de todos los que han oído su doctrina y han contemplado sus milagros. Porque aquellas gentes podían creer y no creían, lanzó Jesús, cuando le presentaron al muchacho, aquella terrible exclamación: ¡Oh raza incrédula! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros?

VIII. El Factor teológico

La fe es un hecho divino preparado por la gracia y realizado bajo la influencia inmediata de la gracia, que actúa en armonía con las necesidades y exigencias de la actividad psicológica y que a veces orienta y modifica esa misma actividad psicológica. La primera gracia, que es, a la vez, fundamento de todas las demás, hemos de reconocerla en el hecho mismo de la revelación. Graciosamente se digna Dios venir en auxilio de la ignorancia humana con la luz de la enseñanza que por sí mismo comunica. Luz que la divina Sabiduría acomoda a la necesidad y también a la capacidad de la inteligencia del hombre.

17 Mc 9, 14-29. El sentido de los versículos 22-23 parece más claro en el original griego que en la Vulgata. Esta traduce las palabras griegas τó εἰ δύνῃ por "si potes credere". El verbo "credere" no tiene correspondencia en el griego. Jesucristo recoge sencillamente la frase de su interlocutor, que le dice: "si puedes". Y Jesús replica: *Por lo que hace al poder τó εἰ δύνῃ todo es posible al que tiene fe.*

Esta enseñanza, gracia universal para el género humano, va seguida de otras gracias particulares, que aplican a cada alma lo que la revelación generosamente brinda a todos. Y aquí entran en acción los planes, a veces complicados y frecuentemente sencillos, con que la Providencia pone la fe en las almas. A los que Dios llama con eficacia suele tenerles preparado un instrumento que desempeña maravillosamente su papel. Es un libro encontrado al acaso que propone llanamente la verdad y despierta pensamientos y afectos insospechados; es un sermón o una serie de sermones, oídos tal vez sin gana, que invitan a la reflexión; es un sacerdote o es un amigo que en el momento señalado por Dios tiene una conversación o profiere una simple frase que es para el alma la luz venida de lo alto para abrirle horizontes antes cerrados para ella; es una tribulación o un desengaño que presenta descarnada la vanidad e inconsistencia de todo lo humano e invita a buscar más altos y permanentes bienes; es, en ocasiones, un acontecimiento pequeño e intrascendente en sí mismo, pero que en las circunstancias por que atraviesa el alma, posee el poder de despertar con fuerza su atención y llamarla a considerar profundamente algunas verdades del Evangelio... ¿Quién puede contar esos instrumentos providenciales y quién es capaz de determinar las maneras con que hablan a las almas y responden a sus preguntas expresas o tácitas y las disponen para la transformación que el acto de fe en parte supone y, en parte también, prepara?

¡Cuántos ejemplos de estos instrumentos providenciales nos presenta la historia de las conversiones en todas las épocas del Cristianismo, desde S. Pablo, S. Justino y S. Agustín hasta los hechos que, con profusión, divulga y comenta la literatura contemporánea!¹⁸.

La luz que Dios por esos medios comunica a las almas es, a veces, tan poderosa que realiza por sí misma la labor de la ciencia apologética y arranca, si es lícito hablar así, el juicio de credibilidad y hasta mueve la voluntad para que imponga el acto de fe. Todos estos efectos produjeron de una manera eminente el llamamiento que oyó S. Pablo en el camino de Damasco. No es, sin embargo, corriente este proceder de la gracia ni suele ser tan rápida la eficacia de la acción divina. No faltan en esta obra los medios externos, pero se vale Dios sobre todo de aquellos que actúan directamente en el alma. Son

¹⁸ Pruebas abundantes da el reciente y conocido libro de SEVERIN LAMPING, *Hombres que vuelven a la Iglesia*. Edic. y Public. Españolas, S. A. Madrid.

ilustraciones en la inteligencia que se siente invitada a estudiar, a pedir consejo a los ministros de Jesucristo, a practicar las virtudes que, puestas por obra, se entienden mejor y más plenamente; son impulsos y mociones internas que interesan el sentimiento y fuerzan suavemente la voluntad para que busque los medios que le conduzcan al deseado fin. Nace con eso el deseo de conocer la verdad y se siente la docilidad necesaria para secundar el plan divino. La Apologética científica proporciona el estudio fundamental de los problemas; el factor teológico, que es acción divina, va más lejos y penetra en el fondo del alma. Pretende coger y coge de hecho al hombre entero, que bajo esa influencia se decide a vencer los obstáculos que en él personalmente se oponen a la aceptación de la verdad revelada, se pone con plena docilidad en manos de la Providencia y se deja llevar por ella hasta entrar, por el acto formal de fe, en el alcázar donde se desenvuelve la grandeza del Reino de Dios y se vive la vida que da el orden sobrenatural establecido por el hecho de la revelación.

Es esta Providencia la que promueve, dirige y armoniza la actividad de todas las causas que intervienen en la producción del acto de fe. Los elementos que a esta producción cooperan son variadísimos. Es la luz del entendimiento y es el afecto del corazón; es la impresión sobrenatural producida por una función religiosa, por la vista de un crucifijo, por la oración a la Madre de Dios, por un acto de caridad, por el ejemplo de un hombre generoso... Todos estos elementos unidos tienen el poder de abrir los ojos del espíritu a la luz sobrenatural que penetra en él y obra la deseada transformación.

En el mecanismo completo, valga la expresión, de la acción que tiene por resultado el acto de fe, entran, según hemos dicho, numerosos factores, pero el más poderoso, el más eficaz, el que impone definitivamente su sello es el factor teológico de la gracia. La gracia crea el orden sobrenatural con la revelación; la gracia abre el camino a las almas con el llamamiento y la elección¹⁰; la gracia coopera en toda la actividad de las mismas almas con las ilustraciones y mociones interiores mientras recorren el camino que Dios les traza; la gracia las sostiene en sus luchas y las ayuda a superar las dificultades que tratan de entorpecer sus pasos; la gracia pone la mejor parte en el acto mismo de fe; la gracia, en fin, es la que da unidad y armonía a la actividad de todos los factores que al acto de fe contribuyen.

¹⁰ Rom 8, 28-30.

Puede decirse que la fe es, en alguna manera, fruto de la Apologética; puede afirmarse que es resultado del esfuerzo realizado por un apóstol que se ha desvelado por salvar un alma; puede verse en la fe el éxito de la actividad, muchas veces difícil, que al alma misma le ha sido preciso desarrollar para alcanzar esa meta. Pero, en todo caso, deberá considerarse la fe como obra magnífica de la gracia, que elevando y dando unidad a todas esas actividades hace que se cumpla el plan divino y se remonte de hecho a las alturas del Reino sobrnatural de Dios²⁰.

Porque es verdad que existen en el alma humana fuerzas para conocer la verdad de la revelación y demostrar con certeza el juicio de credibilidad; pero también es verdad que esos conocimientos y demostraciones no serán *sicut oportet* para el acto de fe salvador sin la asistencia y la cooperación de la gracia sobrenatural.

FELIPE ALONSO BÁRCENA, S. I.

Facultad Teológica de Granada.

²⁰ TH. MAINAGE, o. c. p. 354-369; MIGUEL NICOLÁU, *Valores teológicos en la psicología de la conversión*, p. 14-24.